



CFI-TOR Asamblea General 2013

**RADICADOS EN CRISTO, ANIMADOS POR EL ESPÍRITU,  
¡VAMOS... TRANSFORMEMOS EL MUNDO!**

Conferencia Franciscana Internacional de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Regular  
Asís, Italia, 27 de abril de 2013

*Anthony J. Grittings, CSSp. Profesor emérito de Teología y Cultura  
de la Unión Católica Teológica de Chicago, EEUU*





## CFI-TOR Asamblea General 2013

### UNA CULTURA QUE FORJA, LIMITA Y HUMANIZA

La identidad étnica, relacionada con la genética y con *lo innato*, describe *quiénes somos*. La cultura, que tiene que ver con la socialización y *lo adquirido*, estudia el *qué, cómo y por qué* hacemos lo que hacemos. Entre el sinfín de características y funciones que posee, la cultura nos sitúa como miembros dentro de un grupo social concreto, ya sea una tribu o nación, religión o profesión, monasterio o cárcel. No existe lo que conocemos como persona sin la cultura. Cada una de las miles de culturas y subculturas diferentes que existen en el mundo es la consecuencia de una lengua o de una interpretación de la realidad y la experiencia. La cultura es participativa y permite a los individuos relacionarse. Tal y como se ha afirmado anteriormente con gran acierto: “Ningún ser viviente es autónomo y si existiese tal ser ninguno de nosotros lo conocería”<sup>i</sup>. Las culturas no son resultado de mutaciones casuales de la humanidad sino maravillosas, aunque imperfectas, transformaciones de lo que los seres humanos sociales son. Poseen una función necesaria en la creación y el sustento de los grupos humanos en toda su versatilidad. Sin embargo, la transformación, el proceso que transcurre entre que se es un bebé indefenso hasta que se es un adulto maduro, es un requisito indispensable.

Sin ninguna excepción, todas las expresiones de espiritualidad y fe están determinadas por el contexto y por lo tanto son parciales y limitadas, porque también están influenciadas por las características históricas y geográficas de la cultura. La fe solo se puede expresar a través de la cultura, a través de la forma con la que afrontamos nuestro día a día. Por lo tanto no tendría ningún sentido pensar en la fe en abstracto, sin considerarla como una expresión particular de la cultura. Hay tantas maneras de ser religioso como culturas, subculturas e individuos existen. Cada una de nuestras maneras de profesar la religión es diferente y ninguna de ellas puede reducirse a un tipo o patrón o adaptarse al modelo o las expectativas de otras personas. No obstante, no podemos olvidar la importancia de que a pesar de que todos seamos únicos y de que nuestra individualidad debe ser respetada, no dejamos de ser, en un nivel más elevado, todos iguales. He aquí la gran paradoja humana: aunque seamos diferentes, étnica, cultural e individualmente, compartimos una humanidad común ya que antropológicamente somos una sola raza humana. Pero precisamente gracias a nuestras diferencias podemos ser testigos diarios de nuestros valores humanos y espirituales con los demás, además de ayudar al prójimo a vivir de acuerdo con estos valores con el objetivo de construir una sociedad más justa y fraterna<sup>ii</sup>. Por desgracia todavía no hemos aprendido a aprovechar estas diferencias, ya que la cultura y la religión tienden a convertirnos en adversarios cuando perfectamente podríamos colaborar, así como a hacernos críticos cuando podríamos complementarnos.

Desde el punto de vista teológico, nuestro factor común como cristianos es nuestro esfuerzo por estar radicados y unidos a Cristo, a través de cada una de nuestras culturas, idiomas y características sociales



## CFI-TOR Asamblea General 2013

individuales. Debemos aclarar algunas de las implicaciones de este hecho social, y sobre todo evocar de qué manera estas diferencias nos ayudan en la realidad a responder de múltiples maneras a la iniciativa de Dios, comprometiéndonos con la *missio Dei*, la misión eterna de Dios, encarnada y arraigada en Jesús, y expandida a través de su invitación a todos los que son bautizados, llamados y enviados en su nombre.

Hasta hace poco, y todavía sigue ocurriendo en muchos lugares, el papel de la cultura en la formación y el desarrollo de la vida espiritual de las personas se encontraba tremendamente subestimado. Aunque las comunidades religiosas aceptasen candidatos de distintas culturas, las directrices originarias estaban basadas en una cultura fundadora o en un bloque lingüístico determinados, y por lo tanto generaciones y generaciones de nuevos religiosos lo único que hicieron fue asimilar una cultura dominante o su *modus operandi*. Esto no solo redujo profundamente la posibilidad de que la vida religiosa estuviese completamente arraigada, y por lo tanto fuese capaz de florecer en diversas comunidades indígenas, sino que también impidió el desarrollo natural de muchas generaciones de religiosos ya que se pretendía que pensasen, se vistiesen, comiesen, rezasen y orasen ateniéndose a modelos culturales ajenos. Si la auténtica espiritualidad cristiana puede ser descrita como “el modo de existir en el mundo con Dios”, y dadas las *múltiples* expresiones culturales con las que la gente se expresa, los *múltiples* mundos en los que vive y las *múltiples* interpretaciones y experiencias de Dios que existen, la espiritualidad cristiana debería ser capaz de encontrar la expresión auténtica de múltiples maneras distintas que comparten un mismo espíritu, el de ser discípulos de Jesús.

Aunque haya habido intentos de respetar e incorporar una pluralidad de formas a la vida religiosa, a menudo parecen encontrarse en continua lucha, en vez de contribuir a la creación de un mosaico o de una composición cuyos elementos son relevantes y compatibles entre ellos. Esto crearía una vida *intercultural* (distinta de la vida *multicultural*), que requiere un compromiso por parte de todos y cada uno de los miembros de la comunidad, para desplazarse, estar “fuera de lugar” o, como Jesús, sentirse extranjero por el bien del Reino, el Reino de Dios. La vida *multicultural* es mucho más fácil, a menudo lo único que hace es agrupar a personas de diferentes culturas que viven bajo un mismo techo, aunque cada una de ellas se aferre a su propia identidad e idiosincrasia cultural, sin ser presionados para convertirse a un Evangelio de inclusión radical e igualdad radical.

Debemos comprobar empíricamente si todo esto se debe a la falta de destrezas adecuadas, a la convicción de que “la manera anterior era mejor”, “sabemos más que tú”, o a una combinación del espíritu independiente y de rechazo ante el esfuerzo requerido para la vida *intercultural*. Pero la vida religiosa solo puede tener un futuro y el testimonio de la construcción del Reino en el mundo contemporáneo mediante misiones y encuentros auténticos solo puede seguir siendo fuerte si todos nos comprometemos a una vida



## CFI-TOR Asamblea General 2013

*intercultural*. Solo si estamos radicados en Cristo, de manera individual y colectiva, seremos capaces de crecer en y no a pesar de nuestras diferencias, con la resistencia necesaria para transformar el mundo. La alternativa es el agotamiento y la fatiga producidos por el estrés o la rendición a causa del desánimo o del aparente fracaso. Rick Warren, fundador de la mega-iglesia americana y predicador en América, afirma que comenzar el camino es mucho menos importante que este acabe bien. La resistencia requiere “la construcción de raíces y no de modas, trucos o terapias” señala.

### RADICADOS EN LA CULTURA, RADICADOS EN CRISTO

Para poder prosperar, cualquier cultura necesita asegurar que sus nuevos miembros se han arraigado durante el proceso de *enculturación* o *socialización*. De este modo, este niño recién nacido, sin orígenes y sin cultura, entra a formar parte de un grupo preexistente, esto es, la familia más cercana y los parientes lejanos [Fr: *parenté*], que poco a poco madura hasta ser un adulto (re)productivo, más tarde un anciano y finalmente un ancestro. La socialización adecuada (y específica de cada cultura), *primaria* (hasta la edad de la razón), *secundaria* (hasta la temprana edad adulta) y *terciaria* (en adelante, hasta la madurez), es la manera de determinar la responsabilidad moral y tangible de un miembro adulto de la sociedad. Mientras la primera y la segunda socialización determinan las cualidades del arraigo de una persona, las destrezas adaptativas y la madurez solo se manifiestan en la tercera socialización y en las sucesivas. De este modo, la habilidad de una persona para trabajar en un primer momento en un ambiente de varias culturas, para hacer prosperar las ramas, las flores y los frutos, depende en gran medida del concepto que esa persona tenga de sí misma. Así pues, una persona fuerte, estable y con un gran bagaje cultural estará más dispuesta a involucrarse en diversas relaciones durante la edad adulta que aquella cuyas raíces están marchitas o no crecieron lo suficiente, debido a una mala socialización. Por ende, nos encontramos ante el imperativo socrático “conócete a ti mismo”.

Debemos considerar que la investigación y la experiencia han demostrado que cuanto más arraigada esté una persona en una cultura en particular, más preparada se encuentra para ir más allá de sus confines y descubrir nuevos mundos. El hecho de que las ramas de un organismo sean robustas está estrechamente relacionado con la vitalidad de sus raíces. Si aplicamos esto a la religión del mundo contemporáneo podemos afirmar que solo si estamos radicados en nuestra cultura podemos aspirar a ser inter o contraculturales (sin por ello perder o repudiar nuestra cultura primitiva y sus normas), y solo si estamos radicados en Cristo seremos capaces de abandonar nuestros hogares para llevar la peregrinación donde quiera que los caminos de los discípulos tengan que llegar. Para emprender dicha peregrinación tenemos que saber discernir y debemos



## CFI-TOR Asamblea General 2013

estar abiertos a alternativas. Solo con un corazón moral y tenaz y con la predisposición al “diálogo de vida”<sup>iii</sup> con “el prójimo”, seremos capaces de convertirnos y ser agentes de una transformación real.

### JESÚS, RADICADO EN LA CULTURA, RADICADO EN DIOS

Todos los seres humanos se comunican de manera cultural. No solo somos cuerpos, sino que estamos encarnados, no existe otra manera de ser humanos. Pero antes de que nos podamos comunicarnos, la cultura nos debe localizar y formar, ya que todo tipo de comunicación debe ser mediada por un individuo, una persona de carne y hueso, mediante un idioma y una cultura determinados. Una personalidad poco formada y con un conocimiento poco exhaustivo del idioma se comunicará de manera pobre. Jesús, profundamente radicado tanto en su cultura como en su *Abba*, totalmente humano y totalmente divino, era perfectamente capaz de comunicarse y de transmitir el mensaje. Y aquellos que son llamados y enviados en su nombre deben aprender a hacer lo mismo.

Existen dos tipos de conocimientos, a veces llamados *externo* e *interno*. El primero de ellos (“*saber sobre*”) se refiere a lo que podemos aprender sobre las profundidades submarinas o sobre el espacio exterior sin haber estado nunca allí. También llamado conocimiento *académico*, este se adquiere mediante el estudio y la investigación y es perfectamente válido. Pero hay otro conocimiento igualmente válido, el *interno* (“saber”). Es directo o experimental y se suele llamar conocimiento *aprendizaje*.

Cuando Jesús llama a sus discípulos por primera vez (Mat 11,25-29) contrasta a “los sabios y entendidos” con “los niños”, y luego dice “aprended de mí”. Estos “sabios y entendidos” son la gente que piensa que ya no les queda nada por aprender, mientras que “los niños” son aquellos cuya socialización todavía está incompleta y por lo tanto siguen teniendo un gran reto de aprendizaje al que enfrentarse antes de estar completamente arraigados en su cultura. La invitación de Jesús no se refiere simplemente a “aprendan *sobre* mí”, lo que conllevaría un método *académico* (la Teología académica consiste en aprender *sobre* Jesús. El contraste de la auténtica espiritualidad cristiana requiere del aprendizaje de un modelo que permita el contacto de las personas con el profesor). Jesús anima a la gente a que sea su *aprendiz*, tal y como él lo fue de José al aprender carpintería observando las herramientas, practicando, tallando, midiendo, y avanzando mediante ensayos y errores.

Por lo tanto los discípulos tienen que afrontar dos tipos de *enculturación*: la socialización en su cultura primaria y en la fe cristiana. Si lo consiguen, estarán doblemente radicados y su fe estará *inculturada*. Solo



## CFI-TOR Asamblea General 2013

entonces serán capaces, en principio, de transformar el mundo, misión que Jesús les ha encomendado. A continuación presentaré algunas reflexiones a tener en cuenta. En primer lugar, la clásica descripción de Pedro Arrupe:

“La inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no solo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y recree esa cultura, originando así una nueva creación”<sup>iv</sup>

Seguimos con las importantes consideraciones de Pablo VI:

Lo que importa es evangelizar — no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces —<sup>v</sup>

La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta.<sup>vi</sup>

Solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es, de hecho universal, puede tener un mensaje capaz de ser entendido por encima de los límites regionales, en el mundo entero.

Una legítima atención a las Iglesias particulares no puede menos de enriquecer a la Iglesia. Es indispensable y urgente. Responde a las aspiraciones más profundas de los pueblos y de las comunidades humanas de hallar cada vez más su propia fisonomía.<sup>vii</sup>

Y aquí podemos leer a Pablo en Efesios:

Para que por su Espíritu, y conforme a las riquezas de su gloria, los fortalezca interiormente con poder; para que por la fe Cristo habite en sus corazones, y para que, arraigados y cimentados en amor, sean ustedes plenamente capaces de comprender, con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor, que excede a todo conocimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios. (Ef 3,16-19)



## CFI-TOR Asamblea General 2013

Estas expresiones tan vigorosas identifican la importancia de las raíces tanto en la cultura como en la fe y nos instan a respetar la identidad cultural de las personas como único modo de que puedan vivir el resto de sus vidas con la fe. Pero, aunque la cultura es sin duda importante, nuestro propósito final es nuestra llamada para ser, tal y como dice san Pablo, “llenos de toda la plenitud de Dios” para servir la misión de Dios. La manera en la que lo hacemos nos obliga a enfrentarnos al reto de la transformación.

### **LA TRANSFORMACIÓN ES UN RETO Y UNA POSIBILIDAD**

La palabra transformación tiene una importancia primordial en vuestro tema, que con valentía enuncia: “¡Transformemos el mundo!”. Pero antes de que nos vayamos de Asís deberíamos sopesar cuán poderosa es esta palabra y considerar si es demasiado grande y ancha para nuestros débiles hombros.

Nosotros podemos ser tanto el sujeto como el objeto de la transformación. En cuanto sujetos, podríamos transformar algo o a alguien, como por ejemplo un bosque salvaje en un jardín mediante un duro trabajo, o el comportamiento habitual de una persona en algo diferente mediante la persuasión o la extorsión. Un historiador afirmó que la iglesia primitiva transformó al potente imperio romano y lo convirtió en la poderosa cristiandad post-imperial mediante “la adulación y la artillería”<sup>viii</sup>. Si queremos mejorar esto debemos ser conscientes de que una verdadera transformación, teológicamente hablando, es el resultado del trabajo de la gracia divina en la cultura humana. El Espíritu Santo es quien inspira, quien transforma: por nosotros mismos no podemos hacer nada (cf. Juan 15,5). Pero si no somos personas con una gran integridad personal y una virtud ejemplar, la gracia no tendrá nada que hacer.

Por lo tanto, ¿podemos considerarnos como objetos o receptores? ¿Podemos sufrir una transformación? ¿Podemos transformarnos? San Pablo les dijo a los Romanos que no se conformasen con el mundo, que lo transformasen (Rom 12,2); y les aseguró a los Corintios que si mantenían su fe podrían ser transformados (1Cor 15,52). Por consiguiente, ¿cómo podemos reconocer una transformación y perpetrarnos en ella?

Lejos de ser milagrosa o mágica, una transformación es un proceso racional y estructurado. Sin embargo, se suele usar la palabra como si una transformación pudiese acaecer por azar o por casualidad. Técnicamente, una transformación es un cambio radical, fundamental, básico y que llega hasta la raíz. Se trata de un inmenso proceso de gran conversión mediante el que una realidad original pasa a ser algo nuevo, completamente diferente y en ocasiones irreconocible. Este proceso puede ser gradual o instantáneo. Esta nueva realidad siempre puede volver a ser conmutada a su condición o estado original. He aquí tres ejemplos: a 211° Fahrenheit (99.3° Celsius), el agua está muy caliente pero cuando la temperatura aumenta un solo



## CFI-TOR Asamblea General 2013

grado Fahrenheit (212 °F = 100 °C), hierve y se transforma en vapor. El vapor puede mover una potente locomotora, pero el agua caliente no es capaz de hacerlo. Otro ejemplo lo encontramos en el plutonio que, tras la fusión, *se transformó* en la bomba atómica que destruyó Hiroshima. Una transformación puede cambiar literalmente el mundo y también puede transformar a las personas radicalmente, como es el caso de aquella mujer que se consideraba a sí misma una religiosa holgazana llamada Hermana Teresa, *transformada* por la gracia y la cooperación en la gran mística española, Santa Teresa de Ávila.

Se trata de un proceso con dos resultados. En primer lugar, si nos fijamos en la realidad inicial — el agua, el plutonio o una joven española — no es nada evidente en qué se convertirá, ya que por ejemplo el agua también puede convertirse en hielo, el plutonio en combustible para producir electricidad doméstica, o una chica llamada Teresa en una famosa cantante de ópera española llamada Teresa Berganza. En segundo lugar, si solo nos fijamos en el resultado, la realidad transformada — Adolf Hitler, Robert Mugabe, Miguel Ángel, Francisco o Clara — cada uno de ellos podría ser entendido mucho mejor si los relacionamos con sus etapas de desarrollo primitivas. Un bebé en concreto podría haber crecido y haberse convertido en Martin Luther o en Martin Luther King, y si estudiamos cada una de las vidas podemos entender cuándo fueron transformados gradualmente. Pero Martin nunca podría haberse transformado en un ángel o un demonio, una mujer o un niño, porque esto habría ido contra las leyes de la naturaleza. Opinamos que estas implicaciones son definitivas, ya que una piedra nunca se transformará en pan, una mentira nunca producirá la verdad, la violencia nunca engendrará la paz y ninguna comunidad o individuo religioso sin una fe tenaz, una esperanza duradera y un amor más allá de la muerte se transformará y será fruto del Reino de Dios.

Las transformaciones, ya sean lingüísticas, musicales, arquitectónicas o morales, son fruto de un proceso estructurado y no de la casualidad. Así pues, ¿qué podemos esperar, en nuestras comunidades y en toda la iglesia, y qué es imposible? Todo depende de la capacidad de apoyo de nuestras fundaciones, nuestra sabiduría y virtud acumuladas, y las prácticas actuales de nuestras vidas. Pero algunas cosas están claras. Así pues, al igual que una persona sin imaginación no puede hacer que una rana de cuento se transforme en un príncipe, o una malvada madrastra en una mujer en la que poder confiar, las aspiraciones impías no pueden transformar a los individuos en discípulos hambrientos y sedientos de la justicia de Dios o en testigos de la misión de Dios y del Reino de Dios. La transformación no es como la magia pero es imprescindible para que nuestros cuerpos puedan vivir. Si es algo más que un lema es porque el Espíritu de Dios ha vuelto a encender el fuego. Solo el Espíritu es capaz de hacerlo, pero únicamente si nosotros nos convertimos en el combustible para esa llama.





## CFI-TOR Asamblea General 2013

### **RADICADOS EN DIOS Y ANIMADOS POR EL ESPÍRITU PARA TRANSFORMAR EL MUNDO**

Puede que el título de esta sección suene más optimista que realista, más pretenciosa que aplicable. Pero en realidad lo que pretende es expresar tanto el plan de Dios para nosotros como nuestras esperanzas: estar radicados en Dios, ser animados por el Espíritu de Dios y convertirnos en agentes de la transformación del mundo. ¿Cuál es el problema pues? ¿Por qué los planes de Dios y nuestras esperanzas parecen tan alejados de la realidad? Hemos podido identificar por lo menos tres razones, pero esta llamada divina para transformar el mundo depende totalmente de la manera en que estamos radicados en Dios y del fuego que nos llega del Espíritu de Dios.

En primer lugar debemos emprender un análisis profundo de nosotros mismos. ¿Merecemos, aunque solo sea remotamente, ser llamados seguidores leales de Jesús, viviendo como muchos de nosotros tan holgadamente y tan a salvo de los peligrosos extremos? En un mundo polarizado por la pobreza y la riqueza, por la represión y la libertad, el egoísmo y el heroísmo, los religiosos han encontrado un término medio en el que ni nos quemamos ni nos helamos, sino que más bien estamos tibios, en el que no somos ni esclavos ni libres, no somos egocéntricos pero tampoco somos héroes. Podemos estar orgullosos de nuestra cristiandad “profesional”, pero muchos de nosotros somos invisibles porque nuestros hábitos — nuestra vestimenta o nuestros hábitos culturales y personales — no nos identifican públicamente como discípulos de Jesús comprometidos con su camino. Las señales ilegibles son más que inútiles.

En segundo lugar debemos ser conscientes de los escándalos que afectan a la iglesia como institución: los abusos de autoridad y los abusos sexuales, la falta de responsabilidad y de juicios justos, la caza de brujas de teólogas y religiosas y el uso de amenazas, intimidaciones y excomuniones. Mientras tanto, los mandatarios de la iglesia no solo están por encima de las leyes sino que además las violan descaradamente, mientras los obispos cierran filas para proteger sus frentes, flancos y retaguardia. Y la letanía continúa disgustando y escandalizando a los fieles semana tras semana. La tinta corre y la retórica resuena como un trueno en temas tales como el hecho de si el Vaticano II fue evolucionario o revolucionario, si consiguió cambiar algo o no, y por qué la Iglesia no puede (o no debe) cambiar sus reglas de ordenación de hombres y mujeres casados, la concienciación sobre el uso de la contracepción, o la actitud ante las personas y los actos homosexuales. En medio de todo esto, las iglesias del hemisferio norte se siguen cerrando y la comunidad cristiana sigue perdiendo miles de miembros, mientras los católicos inteligentes se ven excluidos de una eucaristía en nombre de Jesús que promovía una comunidad de inclusión radical y de perdón radical. Si la iglesia institucional fuese un individuo, ningún físico sería capaz de ayudar a este paciente con esa



## CFI-TOR Asamblea General 2013

predisposición a las adicciones autodestructivas, malos hábitos y comportamientos antisociales que están minando su salud personal y familiar. Las preguntas nos llegan por sí solas a los religiosos, defensores de la debilidad y el silencio, hambrientos de la justicia de Dios y sedientos de su honradez: ¿quiénes creemos que somos? ¿Cómo conseguiremos transformar el mundo? ¿Qué le ha pasado al fuego?

La tercera razón por la que los planes de Dios y nuestras esperanzas parecen tan irrealizables es que mientras nos sintamos halagados cuando la gente se refiere a nosotros como profetas, no estaremos tan radicados en Cristo como Óscar Romero, no tendremos la compasión de Clara, el fuego de Francisco o el espíritu generoso de Jesús. No nos ajustamos al perfil de profeta y tenemos un largo camino que recorrer antes de transformarnos para poder reflejar la cara de Jesús. Así pues, ¿cómo podemos reconducir nuestra propia conversión y transformación? ¿Qué podemos conseguir antes de que la muerte interrumpa nuestras perpetuas buenas intenciones?

### DE VUELTA A LA CULTURA

En toda cultura existen el pecado y la gracia y para estar bien radicados en una cultura en concreto — y en armonía con las demás — debemos criticar y afirmar la cultura a la luz del evangelio y de nuestra fe. Precisamente eso es lo que hizo Jesús en relación con el mundo en el que vivía. Sin embargo, no contento con afirmar o criticar desde un punto de vista más elevado, su compasión indiscriminada lo condujo a encontrarse con el “prójimo” al encarnar la *missio Dei* en Galilea y sus alrededores.

Solo podemos expresar nuestra fe como personas en un contexto concreto, el de la encarnación y la cultura. Una transformación siempre depende del contexto y afecta a personas concretas. No existen personas genéricas, “gente en general”, porque no podemos amar a la gente en general. Cada persona es un individuo, y Jesús amó a personas en particular, una a una, en la realidad concreta de su cultura, dentro de la que la fe (fuerte, débil, dubitativa o quebrada) no podía estar ausente. La predicación de Jesús no era abstracta, estaba dirigida directamente a quienes tenían “oídos para oír”, tanto en su época como en la nuestra.

Podemos leer un resumen final sobre el reto y el impacto de Jesús del investigador bíblico Francis Moloney:

La intervención salvífica de Dios en la persona de Jesús de Nazaret se convirtió en una práctica religiosa, una cultura y una historia, pero esa cultura, esa historia y esa religión fueron asumidas y **transformadas** por su vida, enseñanza, muerte y resurrección. La “historia de su vida” rompió con las



## CFI-TOR Asamblea General 2013

expectativas y las limitaciones que la religión, la cultura y la historia [de la gente] pretendían imponerle.

Lo que Jesucristo representa y lo que les pide a sus seguidores no puede ser “controlado” o “contenido” por *ninguna* religión, *ninguna* cultura ni *ninguna* historia. Jesucristo nos insta a **transformar** nuestras culturas definiendo cuál es el pecado que hace que nuestros caminos y nuestros absolutos definan nuestro destino. Los seguidores de Jesús lucharán — contra todas las tendencias de la cultura y la historia humanas para asentar todo lo que se ha conseguido — para **transformar** sus culturas tal y como Jesús luchó para cambiar la suya. Tal y como nos cuenta la historia de su vida, no será una tarea nada fácil.<sup>ix</sup>

Dado que Francisco estaba firmemente radicado en su propia cultura y en Dios, pudo tanto criticar como afirmar otras culturas y otras gentes. Por desgracia, los movimientos políticos dentro de su comunidad y en Roma encubrieron su acción profética. Podemos analizar la valoración de Paul Moses en su reciente libro *El Santo y el Sultán* sobre la famosa visita de Francisco al Sultán Malik al-Kamil en 1219:

*La verdadera historia de Francisco, el sultán y su pacífico intercambio se encubrió. No era útil para los propósitos de los papas que seguían apoyando ciegamente las nefastas Cruzadas. Tampoco concordaba con las necesidades de la Orden de Francisco. Se restó importancia a las ansias de paz de Francisco y al trato noble del sultán con los cruzados de tal manera que cayeron en el olvido. Francisco se convirtió en un soldado que utilizó el Evangelio como arma. El sultán se convirtió en un malintencionado enemigo. Pero Francisco pensaba que la mejor manera de aproximarse a los musulmanes era a través del amor...[e] intentó detener a los cruzados antes de que emprendiesen una desastrosa batalla ... una línea de oposición profética contra la Cruzadas se abrió paso en ciertos círculos de frailes. El objetivo de Francisco desde el principio consistía simplemente en vivir los evangelios. Dos pasajes destacan en las escrituras: “amad a vuestros enemigos” (Mt 5,44), y “dichosos los que trabajan por la paz” (Mt 5,9). Sin embargo ninguno de los primeros biógrafos de Francisco alude a estas líneas de las escrituras que significaban tanto para él.<sup>x</sup>*

Ya que nunca es demasiado tarde para ninguno de nosotros, consideremos a Óscar Romero, cuya llamada a la transformación llegó en un momento tardío de su vida. De todas formas, las semillas estaban ahí, plantadas desde hacía tiempo aunque aparentemente estuviesen dormidas. La gracia y la cooperación



## CFI-TOR Asamblea General 2013

produjeron unos frutos que todavía seguimos cultivando. John Sobrino explica la estrategia y la táctica del arzobispo:

Sus homilías eran incomparables y han llegado a todo el mundo. Esto no fue por casualidad. Trabajó partiendo de una reflexión bíblica antes de celebrar la homilía que encendería la luz que brillaría en la realidad del país. Esto se reflejaba en la credibilidad de sus palabras. La esperanza de Monseñor Romero era evangelizar la estructura de la sociedad — algo que raramente consideramos en la actualidad. Pretendía cambiar la infraestructura económica y política, las instituciones legales, la sanidad y los medios de comunicación. También quería cambiar — evangelizar — la infraestructura eclesial, su curia, parroquias, congregaciones religiosas, instituciones educativas y política interna. No quiso encerrarse a sí mismo dentro de una sacristía, una carta pastoral o una misión con horizontes limitados. Lo consiguió todo gracias a una creatividad excepcional que combinó una cercanía real con la gente de sus comunidades. Quería evangelizar al país en su conjunto, a todos: grupos sociales e infraestructuras en los que había pobreza e injusticia pero también esperanza, solidaridad, fe y sacrificio, algo de lo que la iglesia actual carece.<sup>xi</sup>

Observad lo mucho que Romero estaba radicado en su contexto, cómo era capaz de identificar el pecado y la gracia y cómo guió e inspiró a la vez que retaba y condenaba. Su esperanza no era para nada modesta, sino tremendamente ambiciosa. No era un sueño de alguien que sueña despierto, sino la tenacidad de un profeta. Destaca bastante que Juan Pablo II no se impresionase con su reto a la iglesia institucional. ¿Quién era el profeta, Óscar o Juan Pablo? Existen muchas discusiones en la actualidad sobre la necesidad de que los religiosos sean proféticos. Por desgracia, algunas partes de esta retórica no soportarán un examen exhaustivo, de lo que podemos deducir que la profecía no es un atributo que ninguno de nosotros podamos proclamar. Los verdaderos profetas, tanto bíblicos como contemporáneos, desconfían profundamente de su carácter profético y suelen pagar ese *carisma* con sus propias vidas.

El profeta bíblico es muy diferente al sacerdote. Jesús el profeta finalizó el sacerdocio de Israel e inauguró una nueva era en la que todas y cada una de las personas tenía el mismo acceso y recibía los mismos favores de Dios. El antiguo sacerdote judío era sagrado, estaba protegido por privilegios, vestido con ricos atuendos y tenía acceso al sanctasanctorum. Por el contrario, el profeta no era sagrado sino profano, no estaba protegido sino expuesto y no iba vestido con ricos atuendos sino con harapos. La palabra *sagrado* hace referencia a algo o a alguien que impone respeto religioso, mientras que *profano* (*pro fanum*: “fuera del



## CFI-TOR Asamblea General 2013

templo”) es precisamente lo contrario puesto que denota una exposición pública sujeta al abuso. El profeta está fuera del precinto del templo sagrado, en la plaza pública, totalmente consagrado a la verdad y la justicia de Dios aun exponiéndose totalmente a la multitud. Al desafiar y retar a la gente, el profeta nunca será famoso, mientras que el sacerdote bíblico, al no desafiar a la multitud es venerado desde una distancia prudencial.

Los **profetas** bíblicos representan un cambio fundamental en la comprensión que la gente ha tenido de Dios, la Providencia y la función de la gracia en el mundo. Allá donde el destino inexorable debía tomar el control y explicar los acontecimientos, el **oráculo** era el mediador que predecía los futuros acontecimientos inevitables. La reputación del oráculo dependía totalmente de la exactitud de sus pronósticos. Sin embargo, el mundo religioso de Israel se construyó con unas bases muy distintas. Dios es quien reina, y no el destino inexorable, y Dios no es implacable. Tampoco lo es el profeta de Dios que intenta pronosticar lo inevitable y quiere demostrar que está en lo cierto. En realidad el profeta quiere que le contradigan al alertar a la gente de las señales de peligro y de las consecuencias del no arrepentirse de sus acciones, y diciéndoles que *pueden cambiar, arrepentirse y convertirse*, ese castigo puede ser anulado si la gente escucha y responde a la gracia. Dios juró una alianza irrompible con nosotros, pero necesitamos escuchar a los profetas y cambiar acordemente a ellos. El mundo contemporáneo necesita urgentemente este tipo de profetas.

### UNAS BRASAS QUE SE EXTINGUEN, UN FUEGO ARDIENTE

No por casualidad el fuego ha dominado la imaginaria de la renovación de la iglesia y de sus miembros, desde el día de Pentecostés en el que los Apóstoles ardieron con el Espíritu (Hechos 2:1-4), al consejo de Pablo a Timoteo “aviva el fuego del don de Dios” (2Tim 1:6). Dado que el fuego evoca al Espíritu Santo y que este es un punto fundamental en vuestro tema, deberíamos analizar hacia dónde nos conduce. Un obispo dijo en su propia ordenación episcopal:

“Todos anhelamos una Iglesia Pentecostal, una Iglesia en la que sea el Espíritu el que ordene y no la ley, una Iglesia en la que el entendimiento derribe las barreras que erigimos entre nosotros. Estamos inquietos con una Iglesia que parece tan anti-Pentecostal, tan angosta y temerosa.”<sup>xii</sup> Su nombre era Joseph Ratzinger, aunque eso fue hace 36 años, en 1977.

Veinte años después, Joan Chittister escribió un libro asombrosamente desafiante, alentador y esperanzador, *El fuego en estas cenizas*<sup>xiii</sup>, en el que nos instaba a amontonar las cenizas para avivar el fuego. En 2012, el Cardenal Martini evocó la imagen de Karl Rahner de las brasas escondidas bajo las cenizas



## CFI-TOR Asamblea General 2013

cuando dijo “Veo la iglesia actual como si fuera un montón de cenizas bajo las brasas de tal manera que a menudo siento una gran impotencia. ¿Cómo podemos liberar esas brasas y reavivar el fuego?”<sup>xiv</sup> Unas pocas semanas después un abad suizo retomó el tema e hizo referencia a “la falta de valentía, visión y creatividad de la Iglesia actual” — al igual que lo hizo el arzobispo Ratzinger cuarenta años antes — a lo que añadió: “¡Lo que falta es el fuego!”<sup>xv</sup>

Queremos ser transformadores pero no ser transformados, los demás deberían hacer algo, pero nosotros no somos Romero o Francisco. ¿Dónde están pues los Romero, Francisco y Clara actuales? Es inútil hablar de transformaciones como si se tratasen de hechizos mágicos. Las reglas necesarias para una transformación no cambian, y un montón de carbón nunca producirá fuego. El carbón puede crecer y hacerse tan alto como una montaña, pero si no se enciende, con una chispa o con una llama, seguirá estando frío, impotente y muerto. El Espíritu de Dios es el fuego, y debe encendernos a nosotros y a nuestro mundo. El Espíritu lo está intentando, pero en vez de prender la llama parece que la estemos apagando. Así pues, ¿cómo se comunica el Espíritu? Brevemente, en nuestros días lo hace a través de la llamada urgente de Jesús, a través de las voces de las mujeres, a través de las víctimas y de los niños, a través del diálogo interreligioso, a través de la llamada al servicio, a través de la Eucaristía y de las especies en peligro de extinción donde quiera que las haya.

El Cardenal Koenig habló de “la falta de confianza de Roma en el Espíritu Santo, que a menudo va más allá de lo familiar y lo institucional”. Dijo que necesitamos “nuevas estructuras que le dejen al Espíritu espacio para respirar”.<sup>xvi</sup> No obstante, es difícil respirar sin aire fresco. José Comblin dijo: “Mi esperanza está en el Espíritu Santo. Creo que el tercer milenio será la era del Espíritu. El Espíritu está muy activo actualmente, pero existe un conflicto creciente entre la iglesia institucional y la presencia del Espíritu en la gente”<sup>xvii</sup>. Estamos en 2013 y seguimos esperando. En el Sínodo asiático de 1998, un obispo de Filipinas suplicó que el *magisterium* de la iglesia prestase más atención al *ministerio* de los laicos. Les dijo a algunos de sus compañeros: ¿Alguna vez se han parado a pensar en que la destrucción de los laicos significaría la destrucción del Espíritu Santo?<sup>xviii</sup> Finalmente, el teólogo Jürgen Moltmann afirmó que los signos patriarcales contra las mujeres son signos contra el Espíritu Santo: “Existe un serio riesgo de que la iglesia pierda a las mujeres en este nuevo siglo tal y como perdió a la clase trabajadora europea el siglo pasado”<sup>xix</sup>. Y todo esto ya está ocurriendo, así que ¿a qué estamos esperando?

No podemos quedarnos quietos. Una reunión como esta debería servirnos como catalizador para llevar a cabo una acción urgente. Nadie les puede decir a los demás lo que deberían hacer, pero cada uno de



## CFI-TOR Asamblea General 2013

nosotros nos tenemos que preguntar qué podemos hacer, pedirles a nuestros amigos — y enemigos — que nos lo digan. La vieja historia de Abba José, el padre desierto, me viene a la mente:

Abba Lot fue a ver al anciano y le dijo: “Abba, hasta donde puedo, recito mi pequeño breviario, ayuno un poco, rezo y medito, en lo posible vivo en paz, purifico mis pensamientos. ¿Qué más puedo hacer?” Entonces el anciano se puso en pie y elevó sus manos hacia el cielo. Sus dedos se volvieron como diez lámparas de fuego. Y dijo: “Si quieres, puedes convertirte todo en una llama.”

¡Esto es la transformación! ¿Podemos vivir con ella, o debemos conformarnos con contemplarla? ¿Es realmente demasiado grande para nuestros pobres y débiles hombros? Está claro que no es fácil, pero podemos conseguirlo de manera urgente. Para ello debemos estar arraigados en Cristo y ardientes con el Espíritu (cfr. Colosenses 2:6-7). Entonces tú, yo, nosotros, nos podremos ir de este lugar como discípulos que creen que, con Cristo Jesús podemos transformar el mundo.





## CFI-TOR Asamblea General 2013

### NOTAS

<sup>i</sup> Berverly Wildung Harrison, “El poder de la ira en el trabajo del amor”. *Union Seminary Quarterly Review*, Vol XXXVI, *Supplementary*, 1981:50.

<sup>ii</sup> Esta es la tesis principal del Gran Rabino Jonathan Sacks en *La dignidad de la diferencia*, 2003.

<sup>iii</sup> Se trata de una frase de la encíclica de 1990 del Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*. Su referencia a “la gente de otras religiones” está sin duda dirigida a los hermanos cristianos. A través del “diálogo de vida” los creyentes “atestiguan unos a otros en la existencia cotidiana los propios valores humanos y espirituales, y se ayudan a vivirlos para edificar una sociedad más justa y fraterna”.

<sup>iv</sup> Pedro Arrupe, SJ, 1978. Carta sobre la Inculturación (14-V-1978), en «Acta Romana Societatis Iesu» XVII (1978) 230

<sup>v</sup> Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*. 1975, para 20.

<sup>vi</sup> Pablo VI, *op.cit.*, para 63.

<sup>vii</sup> *Loc. cit.*

<sup>viii</sup> Ramsey Mc Mullen, *Christianizing the Roman Empire*. New Haven, CT., Yale University Press), 1984: 119.

<sup>ix</sup> Francis J. Moloney, “*A Hard Saying*”: *The Gospel and Culture*. Michael Glazier/Liturgical Press, 2001: 175.

Las palabras en negrita y cursiva han sido añadidas, todo el resto ha sido enfatizado por el autor.

<sup>x</sup> Citas seleccionadas de Paul Moses, *The Saint and the Sultan: The Crusades, Islam, and Francis of Assisi's Mission of Peace*. Doubleday Religion, New York, 2009: 197-212.

<sup>xi</sup> John Sobrino, *Witnesses to the Kingdom*. Orbis, New York, 2003: 174-5.

<sup>xii</sup> Citado por J. J. Hughes en *The Tablet*, 19 de marzo, 2007: 23.

<sup>xiii</sup> Joan Chittister, *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy*. Sal Terrae, 1998.

<sup>xiv</sup> John Allen, entrevista final con el Cardenal Martini, *National Catholic reporter*, 4 de septiembre de 2012: NCR Today.

<sup>xv</sup> Christa Pongratz-Lippitt en *National Catholic Reporter*, 20 de diciembre de 2012. “Un abad suizo apela a la reforma de la Iglesia” [www.ncronline.org](http://www.ncronline.org)

<sup>xvi</sup> Citado en *The Tablet*, 3 de abril de 2004:3

<sup>xvii</sup> José Comblin. Esta cita proviene de su discurso (no publicado) en la Escuela Luterana de Teología de Chicago en abril de 2000.

<sup>xviii</sup> Citado en *The Tablet*, 2 de mayo de 1998:565.

<sup>xix</sup> Jürgen Moltmann, citado en “Más allá del 2001: preparando la Iglesia para el próximo milenio”, de Thomas Reese, SJ. *America*, 21 de junio de 1997:10-18. Esta cita se encuentra en la página 13.